SEGUNDA EPOCA — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1926 — NUMERO 21

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION
ENTRE RIOS 1585
U. T. 23 Buen Orden 4219

Director: SAMUEL GLUSBERG

DIRECCION
RIVERA INDARTE 1030
U. T. 66 Flores 6653

10 CTS.



EL PRIMER CUENTISTA DE LENGUA CASTELLANA

HORACIO QUIROGA

Autor de "Cuentos de amor de locura y de muerte", "El Desierto", "Los Desterrados", etc.

B A B E L

Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias

INDICE DE OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

*	I	LEOPOLDO LUGONES:	LAS HORAS DORADAS	$ 2.50
**	II	ALBERTO GERCHUNOFF:	LA JOFAINA MARAVILLOSA	„ 2.50
**	III	ARTURO CAPDEVILA:	LA FIESTA DEL MUNDO	„ 2.00
*	IV	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	FUGACIDAD	„ 2.00
****	V	LEOPOLDO LUGONES:	ESTUDIOS HELENICOS	„ 5.00
*	VI	BENITO LYNCH:	LAS MAL CALLADAS	„ 2.00
*	VII	GONZALEZ MARTINEZ:	EL ROMERO ALUCINADO	„ 2.50
**	VIII	HORACIO QUIROGA:	HISTORIA DE UN AMOR TURBIO	„ 2.00
*	IX	LUIS L. FRANCO:	LIBRO DEL GAY VIVIR	„ 2.50
*	X	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	LAS HERMANAS TUTELARES	„ 2.50
**	XI	LEOPOLDO LUGONES:	ODAS SECULARES	„ 2.50
*	XII	R. SAENZ HAYES:	DE STENDHAL A GOURMONT	„ 3.00
***	XIII	C. NALE ROXLO:	EL GRILLO	„ 2.00
*	XIV	GUILLERMO ESTRELLA:	LOS EGOISTAS	„ 2.50
	XV	EVAR MENDEZ:	EL JARDIN SECRETO	„ 2.00
*	XVI	MANUEL LUGONES:	POEMAS MEDIOEVALES	„ 2.00
	XVII	MARIO BRAVO:	CUENTOS PARA LOS POBRES	„ 2.00
	XVIII	MARTIN GIL:	AGUA MANSA	„ 2.00
	XIX	HORACIO QUIROGA:	EL DESIERTO	„ 2.50
**	XX	LEOPOLDO LUGONES:	FILOSOFICULA	„ 2.50
*	XXI	SAMUEL GLUSBERG:	LA LEVITA GRIS	„ 2.00
*	XXII	E. MENDEZ CALZADA:	NUEVAS DEVOCIONES	„ 2.00
	XXIII	NICOLAS CORONADO:	DESDE LA PLATEA	„ 2.50
	XXIV	LEOPOLDO LUGONES:	CUENTOS FATALES	„ 2.50
**	XXV	LEOPOLDO LUGONES:	ROMANCERO	„ 2.50
***	XXVI	HORACIO QUIROGA:	CUENTOS DE AMOR DE LOCURA Y DE MUERTE	„ 2.50
	XVII	LUIS CANE:	MAL ESTUDIANTE	„ 2.00
**	XXVIII	ALFONSINA STORNI:	OCRE	„ 2.50
	XXIX	GUZMAN SAAVEDRA:	LOS PROVINCIANOS	„ 2.—
*	XXX	JOSE PEDRONI:	GRACIA PLENA	„ 2.—
	XXXI	B. SANIN CANO:	LA CIVILIZACION MANUAL	„ 2.50
	XXXII	REGA MOLINA:	LA VISPERA DEL BUEN AMOR	„ 2.—
	XXXIII	LUIS L. FRANCO:	LOS HIJOS DEL LLASTAY	„ 2.—
	XXXIV	ALFREDO ORGAZ:	PENUMBRA	„ 2.—
	XXXV	ARTURO CAPDEVILA:	LOS PARAISOS PROMETIDOS	„ 2.50
	XXXV	JOSE PEDRONI:	LA GOTA DE AGUA	„ 2.—
	XXXVI	LEOPOLDO LUGONES:	LOS CREPUSCULOS DEL JARDIN	„ 2.50
	XXXVII	HORACIO QUIROGA:	LOS DESTERRADOS	„ 2.—
	XXXVIII	ROSA GARCIA COSTA:	ESENCIA	„ 2.—
	XXXIX	RAFAEL ALBERTO ARRIETA:	ESTIO SERRANO	„ 2.—

SERIE B

I	ENRIQUE HEINE:	LAS NOCHES FLORENTINAS	„ 2.00
II	ALBERTO SAMAIN:	CUENTOS	„ 2.—
III	FITZ MAURICE KELLY:	MANUAL DE LA HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA	„ 3.—

* Agotado ** Segunda Edición *** Tercera Edición ****Encuadernado en tela

Dirigir los pedidos a nombre del administrador; Sr. Don LEONARDO GLUSBERG, Entre Rios 1585, Bs. As.

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

ADMINISTRACION
ENTRE RIOS 1585
U. T. 23 Buen Orden 4219

DIRECCION
RIVERA INDARTE 1030
U. T. 66 Flores 6653



SEGUNDA EPOCA | BUENOS AIRES | NOVIEMBRE DE 1926 | NUMERO 21

1901 - Número dedicado a don Horacio Quiroga - 1926

En nuestra opinión, el cuento propiamente dicho, ofrece sin disputa el más amplio campo que se encuentre en los vastos dominios de la prosa para el ejercicio supremo del talento.

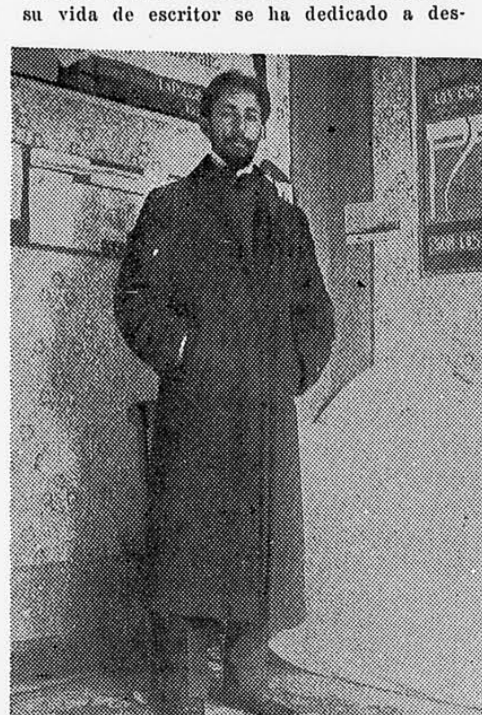
Edgar Allan Poe.

CUANDO Horacio Quiroga publicó, en 1901, *Los arrecifes de coral* — su primer libro de prosa y verso — Leopoldo Lugones le predijo en extensa carta un seguro porvenir de prosista. Algunos años después *El crimen del otro* confirmaba la muerte del joven poeta y el nacimiento de nuestro primer escritor de cuentos. En 1908, *Historia de un amor turbio* y *Los perseguidos* colocaron a Quiroga a la cabeza de los novelistas nacionales. Y diez años más tarde los *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, revelaban, ya sin lugar a dudas, al primer cuentista de lengua castellana. "Una estación de amor", "La muerte de Isolda", "El Solitario", "La gallina degollada", "A la deriva", "Los mensú", "El alambre de púa", "La meningitis y su sombra" — todos cuentos magistrales — mostraron las diversas fases del talento creador de Quiroga y su enorme potencia para desarrollar una novela en pocas páginas. El éxito de ese libro fué grande y marca todavía una fecha en la literatura argentina. Pero de los diversos géneros en él cultivados los cuentos de la selva fueron los que más rápido conquistaron la celebridad del autor. *El Salvaje, Anaconda* y *El Desierto,* reafirmaron después dicha preferencia en el extranjero. Y por cierto que cualquiera de estos libros bastaría para imponer un escritor en cualquier literatura de cualquier país.

En nuestro ambiente Horacio Quiroga es un caso único. Nadie menos profesional que él y más artista. De ahí su enorme prestigio y su estilo inconfundible. El cuento corto — siempre una novela en potencia cuando es bueno — no alcanza entre nosotros la difusión lograda en Norte América; pero ya lo va consiguiendo. En tal sentido Quiroga debe ser considerado un precursor y su acción doblemente meritoria puesto que él ha desdeñado — desde un principio — el fácil favor del público. Ahora mismo, su prestigio solo es real entre personas cultas y sobre todo entre personas de espíritu crítico, no lectores de novelas sentimentales. Por eso, también, su influencia se hace cada vez más evidente en los que cultivan el mismo género. Y es que la obra de Quiroga, precisamente por ser tan singular llena la visión de nuestros mejores cuentistas. Víctor Juan Guillot, Guillermo Estrella, Elías Castelnuovo, Ricardo Güiraldes, Armando Cascella, Arturo Mom, Enrique Espinosa, Guzmán Saavedra y muchos otros siguen sus huellas con éxito. Algún día le dedicarán, sin duda, el "Liber Amicorum" que se merece.

Mientras, ponemos al frente de tantas páginas que lo proclaman maestro una breve biografía hecha por uno de sus discípulos más inmediatos.

Horacio Quiroga es oriundo del Salto, República Oriental del Uruguay. Nació en el consulado de la Argentina el 31 de diciembre de 1878, siendo su padre a la sazón, cónsul argentino en la ciudad mencionada. Esto añadido al hecho de que sus abuelos fueron argentinos y que durante su vida de escritor se ha dedicado a describir y estudiar ambiente, regiones y tipos genuinamente argentinos, autoriza a concederle un sitio en la literatura nacional como uno de los nuestros.



Horacio Quiroga en 1901

Hasta los doce años Quiroga permaneció en la ciudad del Salto y de ahí pasó a Montevideo donde quedó hasta los veinte años, empezando estudios universitarios. En 1900 emprende viaje a París. En 1901 se establece definitivamente en Buenos Aires. Un año más tarde se va a Misiones. De ahí pasa al Chaco con el propósito de dedicarse al cultivo del algodón. Como no prospera en este primer ensayo industrial vuelve a Buenos Aires donde permanece hasta 1909. Una vez casado va a establecerse otra vez a San Ignacio, relatando después en numerosos cuentos de alto valor literario sus impresiones sobre la tierra misionera. Por ello mereció el calificativo de hombre de suerte de parte de quienes lo vieron trabajar allá en el extremo norte de la República. ''Este Quiroga se dice aún en Misiones pierde el dinero en cultivos y se desquita, después contando como llegó a arruinarse.''

En 1917 Quiroga regresa otra vez a Buenos Aires. Desde esa época vive aquí salvo los pocos meses que anualmente dedica a nuevas jiras por Misiones.

He aquí la bibliografía de Quiroga:

''Los arrecifes de coral'' (verso y prosa) 1901. ''El crimen del otro'' (cuentos) (1904). ''Historia de un amor turbio'' (novela) y ''Los perseguidos'' (1908). ''Cuentos de amor, de locura y de muerte'' (1916). ''Cuentos de la selva'' (para los niños). 1918 ''El salvaje'' (cuentos) 1919. ''Las Sacrificadas'' (cuento escénico que estrenó con éxito la compañía de Angela Tesada en 1920). ''Anaconda'' (cuentos) 1921. ''El Desierto'' (cuentos) 1924. ''Los Desterrados'' (cuentos) 1926. Además unas cincuenta narraciones en ''La Nación'', ''El Hogar'', ''Caras y Caretas'', ''Plus Ultra'' y BABEL, amén de otras tantas historias naturales para los niños y de muchos artículos y ensayos tampoco recogidos en volumen hasta la fecha.

Aparte de las versiones al portgués que se han hecho en el Brasil, los cuentos de Quiroga han sido traducidos al francés por M. Francis de Miomandre, al inglés por Mr. Arthur Livingston y actualmente se están traduciendo al italiano. Por su parte la casa Calpe de Madrid publicó una selección de sus mejores cuentos bajo el título común de uno de ellos.

Algunos juicios definitivos

por

Leopoldo Lugones, Roberto J. Payró, Alberto Gerchunoff

LOS Arrecifes de Coral", "El crimen del otro", no salieron de la forma fragmentaria; pero yo insistía en mi novelista, ya hecho en el último libro citado, con un admirable trozo de novela: el "Corto poema de María Angélica". Y no tardé en añadir: éste entiende, sobre todo, de almas femeninas. Es un romántico en la sobriedad elegante de su naturalismo.

Mi preocupación, por otra parte grande dentro de mi silencio, por todo cuanto atañe a la obra intelectual de los jóvenes, tenía en este caso un incentivo mayor. Creía haber dado con el primer prosista de entre la juventud americana, hecho por cierto consolador y singular. Esta novela (Historia de un amor turbio), es al respecto una confirmación incontestable.

Si me complazco en estos recuerdos de "viejo" — llevo seis años a ese escritor que tiene veintiocho, representando así dos edades ambos, al estar situados respectivamente antes y después de los "malditos" treinta, que yo no maldigo; — si evoco esos augurios, con todo el escepticismo de mi filosofía por los profetas, casi siempre más cabelludos que inteligentes como las mujeres de la magistral definición, no es en complacencia de pueriles aciertos. Quiero tan solo llevar de este modo al ánimo del lector, la prueba de la claridad con que llegué a esas conclusiones quzá excesivas en apariencia, sobre el escritor mencionado.

Por lo que podría hacer al conato malévolo de una presunción respecto a sugestiones concomitantes sobre su espíritu, ahí está la obra misma. Cuando se hace novela así, con esa gallardía, con ese buen gusto intransigente, con ese dominio de los caracteres manejados, es porque se ha nacido novelista. Además, sírvame aquí la vinculación amistosa; hay en ese el carácter, que es prenda fundamental de todo verdadero artista. Lo acerado de su estilo, representa la fría acidez interna, la ironía seria de la honradez ante las bajezas de la vida y del oficio. Su concisión característica, denuncia la calidad cortante; puesto que conciso quiere decir, estrictamente, tallado.

Y sin querer, acabo de describir su estilo. El estilo definitivo a que ha llegado con sorprendente rapidez. Flor y fruto confunden en él la caricia flotante del perfume con el sabor firme de lo maduro. Todo lo que es superior descúbrese por estas simultaneidades, que concentran en una aptitud las fuerzas habitualmente consecutivas. Quien vive a un tiempo su otoño, y su primavera, realiza en geórgicas dichas la paradoja homérica que inmortalizó los jardines de Alcinoo.

1908. *Leopoldo Lugones.*



Horacio Quiroga, por Cao.

RARA vez se ofrece la dichosa oportunidad de elogiar una obra con entusiasmo, sin reticencias y con justicia, sobre todo entre nosotros. Más frecuente es el aplauso exagerado y mal fundado, sin duda porque en país de ciegos el tuerto es rey. Pero ya el nuestro no es, afortunadamente, tan de ciegos en materia artística, ni creemos que, salvo algún espíritu avieso o de emulación desviada, pueda nadie leer el volumen de Horacio Quiroga sin compartir nuestra apreciación. Porque a los méritos señalados agrégase otro de muchos quilates, y que pocos libros nuestros ofrecen al simple lector, al hombre corriente: el interés que le lleva de página en página, sin decaer, rebotando y elevándose cuando parecía agotado, mediante inesperadas, sobrias y vívidas peripecias. Las obras de imaginación de la mayoría de los escritores pecan por la mala dosificación del interés, por el desequilibrio de sus partes, desproporcionadas en cuanto a su importancia relativa como miembro de un todo. Por eso no son "entretenidas", por eso suelen caerse de las manos, mientras que tal cosa no ocurre con los libros de Quiroga. Y Quiroga no oculta su secreto que estriba, aparte el talento natural y el largo estudio — no de literatura sino de vida — en elegir cuidadosamente la ejecución, la carne, el ropaje. Y he ahí una lección que añadir a la de sus apólogos, oh jóvenes colegas improvisadores!

En cuanto al estilo, es hermoso, robusto, eficaz y libre. El autor tiene ganada en buena lid la libertad que usa, pero de que no abusa. Si cometiera alguna incorrección para los gramáticos acaso resultara osadía y hasta belleza para los artistas. Y algunas prosas límpidas y tersas como agua de lago, envidiarán sin duda la turbulencia de este Yabebirí desbordado, pero armonioso como lo es el silbo del Pampero...

Con un libro como éste por año, la literatura de un país puede enorgullecerse de ser rica y fecunda. Pero no vemos todos los años un libro como éste. Cada año no hay un hombre del valor moral, y sentimental y artístico de Quiroga, que se vuelque entero en un libro.

1914 *Roberto J. Payró.*

HORACIO Quiroga es uno de los escritores de quien se puede decir desde ahora que sus libros subsistirán. Domina todos los elementos de la creación perdurable, y su obra se puede comparar, por la riqueza y la multiplicidad de sus tipos vivientes y por la hondura de la observación minucioso y aguda del ambiente, con la de los grandes maestros del género.

1920. *Alberto Gerchunoff.*

CONTINUAMOS con la cabeza descubierta al paso de los que contribuyen triunfalmente a la afirmación de una literatura argentina en pleno desenvolvimiento, intensa y brillante, moderna sin extravíos, propia sin exclusiones, inspirada en un arte superior y puesta toda ella al servicio del porvenir mental y moral de nuestra tierra.

La juventud tiene mucho que leer y que aprender dentro de la misma producción nacional y los viejos tienen material abundante con que satisfacer sus últimas curiosidades y llenar sus últimas emociones.

El nuevo libro de don Horacio Quiroga: *"Los Desterrados"*, no es sino una nueva expresión de fuerza y sentimiento, intensidad y sencillez, observación y colorido. Es el señor Quiroga un escritor de mucho talento, de gran temperamento artístico y de verdadera maestría en la ejecución. Al trazar estos cuadros de Misiones, revela su íntimo conocimiento de la naturaleza y los tipos de la región, su audacia imaginativa y sus notables facultades de narrador y de pintor.

Solo con esas condiciones y esas aptitudes se ha podido crear escenas del vigor extraordinario de *"El Regreso de Anaconda"* y figuras tales como las de Jao Pedro o Tirafogo, Van-Houten o don Juan Brown, Else o Rivert. El diálogo con que termina el cuento que se llama como el libro, dentro de la naturaleza y las circunstancias en que se desarrolla tiene un poder de emoción extraordinario.

1926 *M. de Vedia.*

Un elogio, una semblanza y un recuerdo

por

Benito Lynch, Arturo Capdevila, Rafael Alberto Arrieta

CONOZCO la obra intelectual de Horacio Quiroga y la he seguido con simpatía y consideración crecientes, desde que se inició allá, en los tiempos lejanos de "Arrecifes de coral", hasta hoy día en que BABEL nos anuncia la aparición de "Los desterrados", su nuevo libro de cuentos.

Me creo por lo tanto y por lo menos como lector asiduo y consecuente, habilitado para opinar con conocimiento de causa, sobre la producción de este autor cada vez más nuestro, porque cada vez ahonda con mayor experiencia y mejor fruto, en una de las más bellas cuanto casi ignoradas regiones de nuestra tierra y porque cada año que pasa, agrega una nueva y brillante página, al para nosotros los argentinos, ya grande y amado y respetable libro de las letras nacionales.

A mi juicio y salvo algunas excepciones de heterogeneidad que atribuyo a esa obligación de escribir en que suele ponerse a veces a los autores, la obra de Quiroga, puede ser dividida en tres partes tan diferentes entre ellas como lo son las tres fases de su talento creador.

Nuestro cuentista, se enamoró primero de la fantasía, después de la psicología y por último, de la bella y eterna e imponente madre Naturaleza, con la que se encontró un día cara a cara, en uno de sus más grandiosos y primitivos escenarios y en la hora precisa, en que el hombre llegaba a la fecunda madurez de sus talentos.

Y sucedió entonces lo que tenía que suceder. El cuentista con ribetes poenianos de "El crimen del otro" y el psicólogo de "Historia de un amor turbio", vale decir, aquellos dos hermanos que, habían sabido conquistarse ya, su lugar cada uno en el campo de las letras, al verse en el seno de la naturaleza tropical, al sentir en los rostros, la respiración ardorosa de la selva virgen, al llenarse los ojos de sol y de colores nuevos y los oídos del rumor incesante e imponente del gran río, comprendieron o mejor dicho, recordaron de pronto, en donde están y estarán siempre eternas e inmutables las fuentes de la belleza, y se refundieron en un abrazo de fratenidad e inteligencia, para dar origen a este tercer cuentista de "Los mensú", de "A la deriva", de "El alambre de púa", etc.; más prócer y varonil aún que sus hermanos, a este cuentista misionero, que todos aplaudimos sin reservas y que si usa de la herencia de aquellos, es tan solo para ponerla a la manera de discretas pinceladas de oro, sobre la inconfundible impronta de su garra...

La obra de Quiroga desde su iniciación hasta la fecha, denota un constante y armónico progreso. Es como una de esas perspectivas de camino recto, que parecen nacer en un punto del horizonte y que al avanzar hacia el observador, se van ensanchando en progresión matemática.

Pocos autores habrá que como Quiroga, pueda ofrecer este ejemplo de modelo de marcha hacia la culminación. Todos sabemos que lo más frecuente, es lo contrario: Venir de mayor a menor, hasta terminar su rabillo...

Benito Lynch.



Horacio Quiroga, por Centurión

CUANDO Quiroga conoció la selva, nació por segunda vez.

Arrancó de la selva un poco de bravía maraña y esto fué su barba. Recogió de las hojas alargamientos ansiosos y de las ramas la inquietud que nunca se calma, y con esto se reeducaron sus manos. Metálica mirada de la fiera, atisbo de la víbora, brillazón del pantano, gota de luna ya casi negra en el bosque: todo esto le sonrió. Hizo como un haz con todo ello, lo partió en dos, le dió un fondo de sombra, y esto vinieron a ser definitivamente sus ojos. Su voz se quiso volver monosilábica. Sus labios la empezaron a cortar, sus dientes la comenzaron a magullar. Creo que pretendía hablar exactamente el idioma mismo de la selva. Así, fué convirtiéndose en lo más parecido a un dios de la selva, que se ha visto nunca.

Pero este dios de la selva no es ni un fauno ni un sátiro. Demasiado triste es su gran sabiduría para que en ella quepa ninguna de las malas noticias de un malicioso instinto. Se dice que su instinto estuvo a punto de saltar hacia las nubes metafísicas. ¡Capacísimo era de dar este salto en el cielo! No lo dió; pero cuando vino la noche, Quiroga se sumergió en la tiniebla de los destinos, y prestó oído a la palabra del animal. También se puso a observar la negra muralla de la carne en que su alma sufría cárcel. La tanteó, la rasguñó, la royó. Acabó por henderla ligera, ligerísimamente; lo bastante para ponerse a mirar el más allá por las rendijas. Ni los animales ni los muertos han hallado en América mejor intérprete que este dios de Misiones.

¿Será por eso que a veces sus cuentos echan sobre el corazón la sombra del terror? De veras. En Quiroga, frecuentemente, el terror es un gatazo negro de elasticidad diabólica, recortándose a la luz de un relámpago sobre la cornisa de sus argumentos. Pero al relámpago siguiente, este gatazo de fosforecentes ojos ha desaparecido, y nuestro corazón, encogida laucha, se ha salvado. No. Quiroga no es un terrorista de las letras. ¿Y cómo lo sería, puesto caso que este dios de la selva se detuvo tantas veces a la orilla del Paraná inmenso y echó por él las jangadas de muchísimos días?

Una palabra más. Su literatura, como él, es de un gesto brusco. Muy bien. Todos lo sabemos. Pero él a su vez, ¿dónde aprendió este gesto brusco? ¿En qué ser de la selva? ¿En qué mono, tigre, zarza, ave de presa, en quién? Me jacto de saberlo. Este hombre aprendió su estilo de gesto brusco, directamente, en la detonante marcha de su motocicleta, ese grande amor de su vida... Montado en la trepidante máquina, a lo largo del firmísimo coraje de su línea recta, corre carreras con los trenes, de Buenos Aires a Rosario. Entonces Quiroga, recias las manos sobre los manubrios, no es más que un poco de energía, de delgadez y de barbas, en la punta del viento.

Cada uno escribe lo que piensa; cada uno, piensa lo que anda.

Arturo Capdevila.

HACE muchos años, no sé ni siquiera decir cuántos, antes de que hubiese escrito yo mi primer verso, llegó a mis manos una antología de poetas uruguayos, coleccionada por Raúl Montero Bustamante. Entre aquel copioso conjunto, las composiciones de Horacio Quiroga me impresionaron hondamente, y una de ellas, que comenzaba por una fecha, vivió largo tiempo, sin mutilación, en mi memoria. Poco después, al descubrir *Los Arrecifes de Coral* en el sótano de una librería, completé mi conocimiento del poeta.

Conservo, pues, su recuerdo, definitivamente mezclado al perfume de mis primeras admiraciones literarias. Y como resultado de ese recuerdo en la embrujada alquimia del laboratorio mental, no he podido, no puedo nunca leer a nuestro gran cuentista de hoy, sin evocar, detrás de su estilo deliberado y vigorosamente descarnado, el fondo sentimental de aquella lírica remota...

Rafael Alberto Arrieta.

Horacio Quiroga

por

Alfonsina Storni

HORACIO Quiroga pertenece al grupo de los instintivos geniales, de los escritores desiguales, arbitrarios, unilaterales y personalísimos, en quienes la obra de cincel no prende, no porque no puedan lograrla, sino porque la desdeñan, en virtud de una vigorosa anarquía que no desea ceñirse a minucias.

Con todo, Horacio Quiroga, si no es un estilista, en el sentido más usual de la palabra, es dueño de un estilo inconfundible, a tal punto, que basta la lectura de dos o tres líneas de cualquier escrito suyo para identificarlo.

Como todos los instintivos no da su máximun sino en aquellos temas que se ajustan perfectamente a su naturaleza individual, y esto sea dicho en su elogio, pues cuando aciertan son insuperables y producen obras de sabor inimitable.

Este escritor, más que un hombre de temperamento dúctil, solado, afinado por la civilización y el brillante cepillo de las bibliotecas, es un muñón de la tierra, levantado sobre ella para observar a la naturaleza en su juego total de encontrados intereses, con ojos ávidos, escudriñadores, impresionados y celosos de toda sensación de fuerte colorido.

Caracteriza también a Quiroga un espíritu muy suyo y particular, de extraña justicia sin dogmas, ni filosofía encastillada en las conocidas escuelas dispersas por el mundo, y que lo induce a conceptuar tan legítima la vida del insecto o del reptil como la del hombre, sin que este sentimiento panteísta le impida apropiarse del reptil para adornar su casa o del insecto para enriquecer su colección.

Opuesto por lo demás, al sentimiento del cristianismo, que ata al fuerte a la muñeca del débil y al sano a la del enfermo, su alma nata de luchador contra fuerzas hostiles, es pagana en cuanto al concepto fundamental de la vida — es decir el triunfo de lo mejor y de lo fuerte — sin que su paganismo participe de las elegantes blanduras de aquél y de sus más sobresalientes conceptos estéticos.

Enamorado sincero de la naturaleza sus grandes aciertos de escritor le vienen de haberla poseído, en su contacto rendido y frecuente, como a una mujer, y de haber visto al hombre, su hermano en la lucha por el alimento diario y el oro que da libertad, caer destrozado ante su impasibilidad y su "razón" oscura fatal y legítima.

Van sin decirlo, pues, que a un temperamento como el suyo debían seducirlo los temas raros, como si su alma, cebada de espectáculos de tempestad, sólo se encontrara en pleno cuando cae el rayo y el agua comienza a inundar las casas.

De aquí también su estilo sobrio, hecho a base de palabras indispensables, mondo de superficial literatura y abundoso, en cambio, de trazos rápidos, y grandes manchas de color concentradores y ahondadores del paisaje, tal como si los detalles secundarios no existieran o no importaran a la magnitud del drama pintado.

Arido con frecuencia no deja por esto de ser artista, porque artista es aquel hombre que en un espectáculo, indiferente o sin relieves para la mayoría, capta el rasgo extraordinario y sabe presentarlo a los demás de manera que comprendan lo excepcional de tal rasgo, drama o espectáculo.

Además, artista es aquel que tiene un sentido innato de las proporciones, las pausas y los efectos, y sabe administrarlos con tal maestría que lo relatado llegue como cosa real al lector, sin que un comentario excesivo, un inútil giro literario, una acción disonante o inarmónica, descubran los entretelones de la escena y obliguen a reparar en que aquella era de tela.

Porque es frecuente confundir al artista con el estilista elegante, cantor de una lírica belleza, cuando la belleza puede ser revelada a través de temas ásperos y acciones brutales como ocurre en los libros de Quiroga que es artista en los dos primeros conceptos arriba apuntados.

Decir, por lo demás, que un artista es sensible es una redundancia, pero hay distintas clases de sensibilidad y diversas clases de reacciones antes excitantes varios.

Para la sensibilidad morbosa y algo anormal de Quiroga los excitantes son visibles: fenómenos de vida y muerte; accidentes de lucha de fuerzas; estados extremos de la psiquis humana: locura, crimen, pasión, enfermedad, deformidad. De vez en cuando el tema sentimental, tratado lo menos sentimentalmente posible, la aislada nota irónica, el estudio escuetamente científico, o el simple relato de un hecho del que fuera testigo presencial.

Obra la suya que bien pudo ser de un naturalista o de un médico, es inconfundible y sobresaliente en la literatura de América, que le ha agradecido un discreto número de páginas de gran escritor, y disculpado la inevitable hojarasca que se ve obligado a producir todo aquel que, más o menos estrechamente, vive en gran parte de la colaboración en diarios y revistas.

Alfonsina Storni.

E N C U E N T R O

QUIROGA: en el homenaje que le hacen sus amigos recibirá Vd. ofrendas verdaderamente milinochescas. Ya vé, en cambio, que humildad franciscana tiene la mía. Pero, al dejarla en sus manos lo hago con tanta admiración y cariño que, si el don es pobre, tiene en cambio el valor que le da una amistad adicta e inalterable. Y, en su fiesta espiritual, estos versos llevan la misión de representar mi alma fraternísima y llena de fervor por el más ilustre de los Anacondas.

OLOR de manzanilla curativa.
¡Manzanillas doradas y nevadas
que guardan las abuelas campesinas!

En el flanco dulzón de las cuchillas
Y en la húmeda axila de los bajos,
Frente al camino zigzagueador
Y en torno de los ranchos,
La manzanilla da su aroma áspero
En los meses de sol.

Yo lo he sentido hoy en el camino
Que bordean podados tamarindos,
Y me saltó al encuentro como un perro
Festejador y amigo.

Fragancia amarga y sana
Que araña un poco la garganta,
Pero que tiene una bondad
De agua.

He vuelto a hundir la cara entre las flores
De olor cordial y antiguo.
¡Rueda—rueda de hojuelas cándidas
En torno del redondo corazón amarillo!

Y toda la mentira del mar se me ha hecho clara
De un golpe. Quiero al campo
Como todos los hombres de América lo quieren
No tenemos entraña de marinos. Un ancho
Amor de labradores en la sangre nos viene.

La montaña y la pampa, la colina y la selva,
La altiplanicie rica y los llanos verdeantes
Donde pastan las vacas y galopa el bisonte,
Están más cerca nuestro que el mar innumerable.

Al tornar a mi casa he venteado en el día
El vaho de mis campos fuertes del Cerro Largo.
Me marca una alegría honda de reconquista.
El ramo puro albea en mi mano.

JUANA DE IBARBOUROU

B A B E L

La obra de Horacio Quiroga

por

Victoria Gucovsky

QUIROGA como Hamsun, impone al sentimiento afectivo de sus protagonistas un horizonte siempre encapotado. Un retazo de cielo azul, si existe, es para hacer por contraste más temible al nubarrón que el huracán empuja. En el escritor nórdico como en el subtropical, el amor aparece como un castigo, jamás es una bendición.

Tolstoy, lo vemos bien en sus obras, tuvo ante sí, el mismo problema y lo resolvió en la misma forma: lo puramente pasional es en la mayoría de los casos destrucción. Bajo el punto de vista "ético" el analizar es muy fácil: la culpa, o mejor: el error está en los hombres no en el amor en sí, sentimiento espontáneo porque natural. Lástima grande que los hombres olvidan con excesiva facilidad y frecuencia, que han recibido el don inapreciable de perfeccionar todo cuanto la naturaleza les brinda. El amor se amalgama fácilmente con los valores más altos del espíritu humano: la amistad, la recíproca estima, el altruismo, y en esta palabra cuya esencia preocupó tanto a Tolstoy, radica él las más altas satisfacciones de un espíritu superior. Para llegar a ello no es necesario el renunciamiento ascético, que aisla al individuo, sino por el contrario, la exaltación de la individualidad íntegra para sí misma y útil a la colectividad. Con seres de esta sensibilidad, la pasión nunca sería fuerza destructora.

Frente a la tragedia pasional, podría oponerse la amable frase que recuerda Voltaire: "el amor, en un país de ateos, haría adorar la divinidad".

El pesimismo, puede ser una fuente emotiva. Quiroga llega hasta lo amargo. Sabe hacerlo; basta leer la conmovedora, espontánea, apasionada carta de Silvina a Montt para valorar la ductilidad de este escritor para se afina: todo ternura en esta carta tan suavemente femenina... y sin embargo el "autor" impone como implacable tajo, la trama del cuento, de sarcástico desenlace.

Quiroga se transforma aquí, como se transfigura también en sus deliciosos cuentos infantiles y en su solicitud conmovedora hacia los pequeñuelos, y en "El monte negro", "En la noche" llenos de cotidiano y silencioso heroísmo y "Fabricantes de carbón", en estos relatos en plena naturaleza por marco, no parece el mismo autor que apesadumbra al lector con lo terrorífico y siniestro de algunas de sus producciones "urbanas". El medio ambiente influye en el escritor: la naturaleza salvaje, pero sana y potente, arranca de su pluma trazos vigorosos. Tiene un formidable poder de sugestión. ¿No radica, acaso en esto, una de las más grandes e indispensables cualidades de un autor? En "El desierto" el lector sigue anhelante el drama, tiembla, presiente el horror, se exaspera contra la brutal insensibilidad de los hechos, el espíritu se sobrecoje de angustia ante el desamparo de dos criaturitas inermes y la tortura del hombre sobre quien planea el final que no es liberación! La angustia nos atenaza... y damos gracias al maestro Payró: él sí, tuvo piedad del lector, en aquel admirable estudio acerca del autor y su obra!

En "Anaconda", en cada página se siente el influjo que la naturaleza ejerce sobre Quiroga. Para describirla como lo hace, no basta ver, hay que sentirla y Quiroga siente la majestad del bosque silencioso, sombrío, impenetrable, nos hace percibir la inquieta calma y los estremecimientos del temporal que se aproxima con sordo retumbar. Siente el río anchuroso y profundo de rápida corriente, con sus remolinos absorbentes, las riberas llanas o los acantilados hostiles. Sus descripciones siempre atraen, es el mismo paisaje y no hay monotonía y... demasiado saben los que escriben y los que gustan leer... que la literatura descriptiva es piedra de toque! Basta recordar a Flaubert en su "Par les champs et par les grèves" o a Turgueneff en "Apuntes de un cazador" para valorar las plumas que pueden y saben transmitirnos la emoción de un paisaje!

Quiroga, cultor aquí de una literatura que se inspira en lo visto y vivido, tiene, gracias al profundo conocimiento del ambiente que describe, un sello muy particular. Cada país, podría tener los cultores de sus llanuras, montañas y bosques, sin que ninguno, a pesar de tratar el mismo ambiente, fuera excesivamente semejante a los demás. Nada hay tan particular como ver y sentir a través de su propio temperamento; y cuando esto se complica... o se completa con ideas políticas o la falta de ellas... las divergencias han de ser aún mayores!

Horacio Quiroga, puede recordarnos en algunos momentos a Rudyard Kipling, pero sin el estrecho imperialismo de éste, y si se le asemeja en la observación sagaz de los animales, en cambio ve a los pobladores autóctonos de las regiones que describe, con un sentimiento de simpatía o consideración humana, muy superior al engreimiento del "anglo-sajón" que suele repiquetear fuerte en los relatos de Kipling. Frente a la selva, el hombre es la más de las veces un ser trágico: rey por su inteligencia, pero pobre cosa sufriente, bajo el clima sofocante o las asechanzas del peligro traicionero. Cuanto mayor es su voluntad, tanto más sufre porque más empeño pone en vencer la adversidad.

En la descripción de víboras y serpientes, Quiroga hace en "Anaconda" derroche de riqueza oriental, y el vaho de la selva envuelve el ahogado drama.

Cuando el autor hace hablar a los animales, discurren estos con tanta encantadora naturalidad, como realmente envidiable lógica...! El "Rey de la Creación" queda reducido a sus justas proporciones ante el raciocinio de la selva.. y en un cuento como p. e. "La Patria", la voz del soldado ciego repercute en el alma de las bestias con sonoridades aún desconocidas en regiones muy "civilizadas" y de muy "densa" población.

Si para los matices de expresión ha de reunir el autor — en sí — hombres distintos, en cambio para dar carácter a una obra, un néxo firme debe unirla; este néxo ha de buscarse no en lo estético solamente, si no más que todo en la orientación de ideas del autor. Si esta orientación se manifiesta espontánea y sin "etiqueta" indicadora de determinada tendencia, las ideas adquieren aún mayor fuerza y "el arte se torna herramienta". El relato "El simún" nos transporta a una región realmente infernal y no es sin horror que recordamos lo absurdo de ciertas "conquistas coloniales", cuya única "riqueza" consiste en mantener un frondoso presupuesto al servicio de intereses mal creados. Y en "Polea loca" es un espejo en el cual ha de verse reflejada más de una repartición administrativa... Es que cuando Quiroga quiere, su buen humor sumado a una fuerte dosis de ironía, reduce a finito polvo de ladrillo las "inconmovibles" y adustas solemnidades de las cosas e instituciones "consagradas"!

EL POETA SORPRENDE EN SU CASA A DON HORACIO QUIROGA

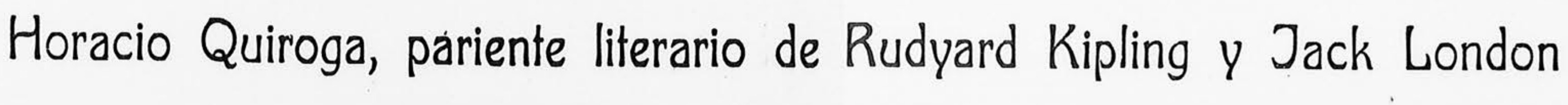
DÉCIMA

Este del largo gañote,
aguileño y bien barbado
en la balleta aforrado
de su maltrecho capote;
que en pantuflo y capirote
remata con su indumento,
amigos, os lo presento:
es Don Horacio Quiroga,
siembra, bina, caza, boga,
y es además rey del cuento.

FERNANDEZ MORENO

1926

B A B E L



Horacio Quiroga, pariente literario de Rudyard Kipling y Jack London

Un escritor americano cuyos cuentos tratan de hombres y bestias de la selva

SEMEJANTE a muchos escritores que han llegado al mundo literario directamente desde el campo de su propia experiencia, el argentino-uruguayo Horacio Quiroga se manifiesta más vinculado a lo que tiene que decir que a la manera de expresarlo; tal es al menos la impresión que se recoge de su abigarrado vocabulario, salpicado aquí y allá de palabras cuya significación ha sido cambiada o torturada, dichas por gentes perfectamente simples y que sorprenden al lector habituado a las inexpresivas y escasamente reales palabras "impresas".

Su escuela premiosa conoce más de un camino y sabe adentrarse en las frecuentemente anodinas edificaciones de la facultad crítica. Pero cuando afirmamos que no se ha producido recientemente otro escritor más fuera del nivel en una raza que como la latino-americana, nunca ha sido fuerte para la disciplina literaria o, en ese sentido para ninguna disciplina, debemos apresurarnos a expresar que las cualidades de este escritor son tan genuinas como las propias de la naturaleza (vigor, facultad rejuvenecedora, la vida misma y sus fuentes). Sus cuentos tienen mucho de la sugestión natural de los relatos de mineros, marinos y vagabundos. Cada página es semejante a esas pieles de animales que vemos crucificadas en las viviendas de los cazadores y que nos hablan de los cuerpos tibios y sanguíneos a los que fueron arrancados.

El campo de observación de Horacio Quiroga radica en las primitivas tierras del corazón de Sud América; sus caracteres se hallan en los dominadores y rudos hombres primitivos que viven en nuestro tiempo. Sus estudios favoritos tienen que hacer con lo subconsciente e instintivo. En el corazón de los territorios argentinos del Chaco y Misiones, cerca de las fuentes del río Paraná, todavía sumergidos a medias en la exhuberancia de la vida tro-





El escritor

pical, se encuentran fatalmente reunidos hombres de todas las razas luchando contra los cuernos de las bestias y de la naturaleza.

Para anticiparse un reflejo de la personalidad de Horacio Quiroga puede el lector americano imaginar un descendiente literario de Jack London y Rudyard Kipling, con algo del fuego del primero y no poco de la rudeza expresiva del otro, animado todo con la filosofía individualista de ambos; ha de imaginar después a este Kipling-London criollo en la dura tarea de anotar los progresos del colonizador europeo en una de las manchas selváticas existentes aún en el continente americano.

Allí vivió Quiroga durante muchos años. Su experiencia era la del fronterizo típico. La vida se reducía allí a las puras necesidades; pero la vida restaba llena de posibles conflictos de azarosas circunstancias, de entrevistas y súbitas fortunas, y toda clase de laberínticas situaciones. Buena parte de los propósitos del autor diríjense al ingenio del hombre en su combate contra las fuerzas brutales de la naturaleza. Los mismos lances milenarios renuévanse aquí en el esfuerzo de un ánimo lleno de recursos para conquistar la riqueza a fuerza de manos; en el trashumante aventurero que va de sitio a sitio, de ocupación en ocupación, siempre en la corriente que desciende, o bien en la mujer débil que pugna, triunfando por cruzar el río caudaloso en la sola compañía de su esposo inválido; en los otros que consumen sus almas en vida destilando carbón en su laboratorio de pacotilla; finalmente en cierto individuo mordido por una víbora en solitaria carrera a bordo de un bote en busca de un médico, mientras lo conquista la muerte. Pareciera que esta existencia febril, peligrosamente vivida y concluída trágicamente en el espacio abierto hubiera sido descubierta en nuestros días por los escritores nativos de la América Latina, quienes siguen así el rumbo de Quiroga.

Brasil posee ya toda una literatura vinculada a su inmensa *sertao*. La vida de los gauchos en el Uruguay ha sido presentada con vivos colores por Javier de Viana; cosa que hace también en los campos argentinos Benito Lynch; mientras que Latorre en Chile y García Calderón en el Perú ya no ofrecen el tipo convencional del nativo montañés, sino que copian con toda su rudeza, las vidas precarias, teniendo sintomáticamente sus libros títulos bastante análogos. "El nido del cóndor", por Mariano Latorre; "La venganza del cóndor", por Ventura García Calderón.

... ...

El aspecto de la naturaleza, con todo, es solo uno de los tantos de la obra de Horacio Quiroga. Siendo esencialmente un cuentista o más estrictamente, un pintor de esos "morceaux de vie" caros a Maupassant, en los que la ficción arregla meramente los hechos en una dramática sucesión, parece tener una fuerte predilección por aquellos estados de ánimo aún no salidos a la luz de la razón o gravitando más allá de lo consciente. Entre dos docenas de relatos contenidos en los tres libros que examinamos no existen menos de seis concernientes en una forma o en otra, con la liberación del alma, bien por el proceso lógicamente natural, bien por oscuros accidentes o simplemnte a través de patológicas alucinaciones y ensueños.

El caso presentado en su breve relato "A la deriva" es típico de su concepción — digámoslo así — de la muerte. Un peón es mordido por una yaracusú la más mortal de las víboras; el hombre tiene noción del peligro y se echa a navegar por el río, solo, en busca de asistencia. En pocas horas el veneno ha recorrido ya su camino hasta los órganos vitales; agudísimos dolores se apoderan de sus miembros mientras el vómito y la sed acrecen el tormento.

... ...

Ese repentino quebrarse del espíritu con el cuerpo, no por el imperceptible proceso de desintegración de la edad, sino en la plena posesión de nuestras facultades, igual que el pájaro alcanzado en mitad del vuelo por la bala del cazador, influye en el clima dramático de muchos cuentos de Quiroga. El misterio desnudo vuelve a encontrarse en otras narraciones, llenándolas desde las imaginaciones de la mesa de operación y las divagaciones insanas de la mente afiebrada, hasta las especulaciones con el más allá. No obstante, sus cuentos son rara vez horrendos y nunca lúgubres. Casi siempre un humorismo sardónico alumbra las descripciones más trágicas. Tienen algo de ese describir enfático que campea en las narraciones de Kipling. Ese inmenso río sudamericano, el Paraná, desarrolla en toda su extensión una sombría majestad de dios, y con un espíritu muy semejante a aquel del editor de Bret Harte que no pudo contener una plegaria melancólica en California aún cuando su grandeza fuera expresada en el desastre, Quiroga nos dice una y más veces de la empresa igualmente devastadora de la corriente y de la sequía, del frío de la malaria que comprime al cuerpo más vigoroso, del sol tropical que mata a la hormiga a los pocos segundos de exposición.

La animada geografía de una zona casi tan extensa como Alaska, nos es revelada bajo el carácter de una población confiada en sí misma, quieta, lindando con los terrenos donde en épocas pretéritas fundaron los jesuitas su imperio teocrático y feudal. La selva del Alto Paraná conserva todavía los caracteres de una vida no domada por la civilización. Allí viven bichos de toda especie. Hasta sus bosques lle-



El ensayista.

ga el mercader en busca de yerba y quebracho, madera esta tan pesada que no puede flotar. Y este paraíso formidable se encuentra a pocos días de vapor del refinamiento parisino y la opulencia de Buenos Aires. No es extraño, pues, que cuando las historias de Quiroga comenzaron a publicarse en las revistas argentinas su crudo vigor tocara las inteligencias como el gusto de la carne cruda hiere el paladar del epicúreo.

... ...

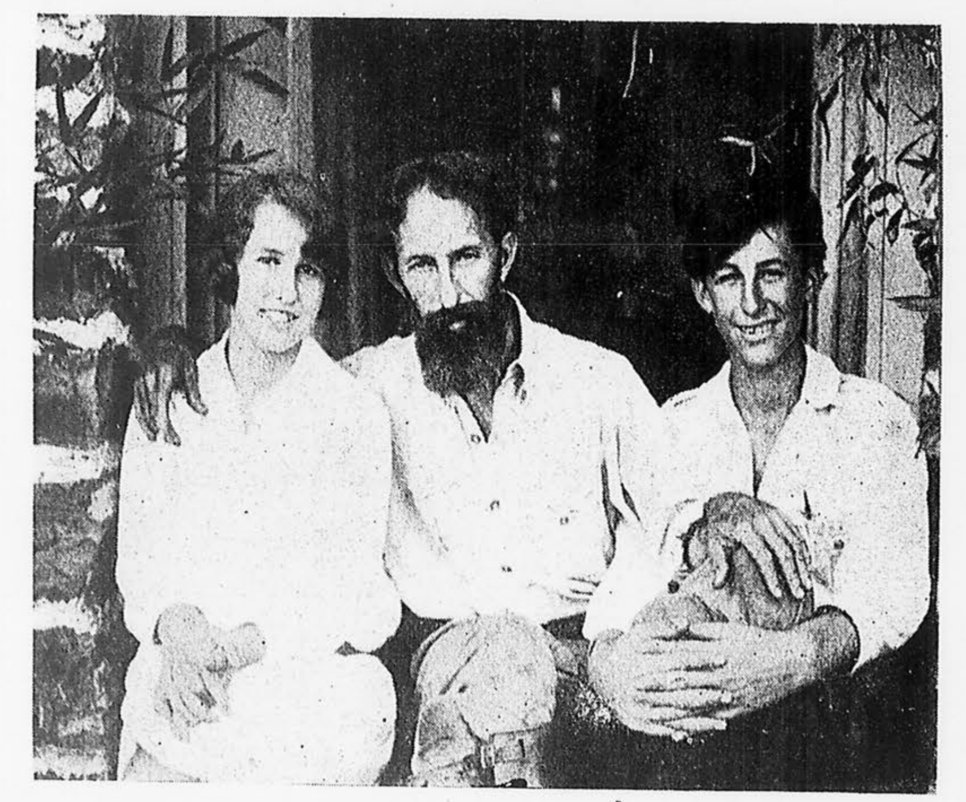
Pero aquí pisa el autor terreno sólido como puede atestiguarlo el público americano después de la versión de los "Cuentos de la Selva" realizada hace años por Arthur Livingston (Sout American Jungle Tales"). En esas fábulas modernas — o diré de folklore animal — la sátira más que política es social, como sucedía obviamente en el Englishman's Jungle Books. Mas, sean cuales fueran las diferencias entre la obra maestra inglesa y esta versión sudamericana debe tenerse en cuenta un superior aprendizaje que brinda en historia natural y un más directo contacto con la naturaleza, en el autor argentino-uruguayo.

Quiroga ha hecho un estudio especial acerca de las víboras y sus confusas especies. Su mejor trabajo en este sentido es "Anaconda", una historia en la que ha descripto claramente bajo el disfraz de la terminología científica la lucha que tiene lugar entre las fuerzas indisciplinadas y peligrosas de los salvajes y las celadas de la civilización. Inclinado como está a estudiar los conflictos sociales en una o en otra forma, Quiroga se aproxima a la postura de su contemporáneo, el español Baroja, por cierta ojeada libre y poco confiada que apunta hacia un paisaje pesimista de la humanidad y confiesa en su evidente actitud una desconfianza congénita hacia los idealistas o humanas recetas de redención.

(De "The New York Times Book Review").

ERNESTO MONTENEGRO

TRADUCCION DE EDUARDO ALBERTO MALLEA



Horacio Quiroga y sus hijos



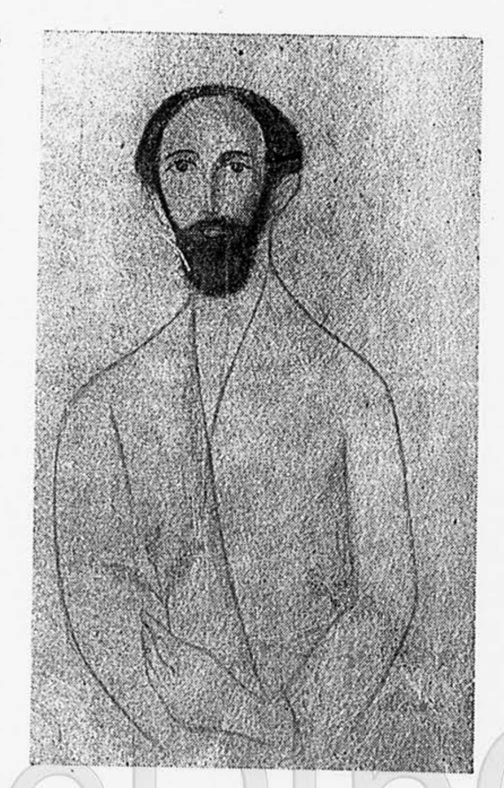
Horacio Quiroga, su moto y su canoa

Una visita a Quiroga y varias opiniones

por

Luísa Israel, Mary Clay, Manuel Gálvez, y Armando Donoso

Caminemos hacia el campo. Dejemos atrás el angustioso movimiento de la urbe, e internémonos por la carretera blanca entre los árboles de robusto colorido, el oro vivaz del sol y las sanas emanaciones de las plantas. Subamos por la senda donde las lluvias han dejado profundas huellas en los gruesos cascotes de tierra, y procuremos hallar entre las rejas umbrosas de las casitas alineadas sobre la acera, una que tiene un tierno aspecto de paz. Ahí es donde vive Horacio Quiroga. Horacio Quiroga el de la obra impresionante e intensa, el que penetra el alma y despierta escalofríos, el de imaginación prepotente; Horacio Quiroga el de la sonrisa suave y mirada clara y tranquila.



Dibujo de Nora Borges

Sus dos hijos, de pie, recostados contra la verja, parecen cuidar la entrada; dulces guardianes de su trabajo y de su dicha.

La niña rubia y pequeña lleva toda la risa de la primavera dentro de su boca y de sus ojos azules.

El niño, ágil y musculoso, guarda en su mirada la bonanza y la seguridad de quien tiene la conciencia de su fuerza.

Penetremos en la casa. Penetremos con cautela, con el recogimiento del que va a hallar algo extraño, algo diferente; con la sensación de esperar descubrir un poco de temor... Efectivamente, en la penumbra del interior, que más obscuro parece por el vivo resplandor de afuera, se divisan, clavadas en los muros en armonioso acomodo, una profusión de pieles de víboras y de culebras, de todos los largos, de todos los anchos, de todos los colores.

Sabemos que él mismo ha dado muerte a los más temibles yararás... y meditamos. Pensamos en su obra... buscamos una correlación entre la piel fría de la serpiente y el frío de pavor que nos infunde "La gallina degollada". Sentimos el abrazo de "Anaconda"...

Volvemos la vista. Aún buscamos. Recordamos la tiernísima amargura que se desprende de las páginas de su libro "Historia de un amor turbio", con su inmensa suavidad en la gradación del sentimiento... y descubrimos junto al escritor, apoyada confiadamente, sobre la espaciosa mesa de escribir, a su hija la pequeña rubia de luminoso rostro; es la misma sonrisa suave, la misma mirada clara y tranquila... y comprendemos...

Luisa Israel.

Leo con deleite a Horacio Quiroga. A mi juicio es uno de nuestros novelistas de mayor fuerza y veracidad. Sus cuentos cortos, sobre todo, los que se refieren a episodios del Alto Paraná, tienen para mí el atractivo de sucesos familiares a mi recuerdo, de narraciones escuchadas en torno del hogar.

He vivido muchos años en esas regiones salvajes y seductoras, y cuanto se refiera a ellas, me es querido. Horacio Quiroga, sabe al describirlas, saturarse de ese ambiente grandioso y triste, sensual y huraño, que las hace misteriosas, y por lo mismo, atrayentes. Quien las haya visitado; mejor, quien haya vivido entre sus ríos y sus montes un tiempo largo, sentirá siempre su nostalgia, y la fascinación imperecedera que ejerce sobre nuestro espíritu.

En las descripciones de Quiroga: pintura de tipos, estudio de costumbres, visión de detalles, se ve al escritor de talento, celoso de la verdad; a la vez que al hombre de corazón, que procura ahondar el alma — heroica o frágil — de sus personajes.

En mi colección de libros argentinos, los de Horacio Quiroga se hallan en el grupo de mis favoritos.

Mary Clay.

Nacido en el Uruguay, vive desde hace muchos años entre nosotros, y casi toda su obra es típicamente argentina. Quiroga ha descubierto para el arte una comarca de nuestro país que todos ignárabamos. Los obrajes, las selvas, los maravillosos paisajes del alto Paraná, así como los hombres y aún los animales de esa región, han encontrado en Quiroga un artista admirable, todo vigor, sobriedad, exactitud. Pocos escritores sienten tan intensamente el carácter en las cosas y en los seres como Quiroga, y por esto sus cuentos tienen un colorido y una originalidad tan extraordinaria. Carece de ternura y de emoción; y escribe en una prosa harto incorrecta, resultado en parte, de su afán de sintetizar y apretar sus párrafos hasta la exageración. Pero en cambio posee una gran potencia imaginativa y una rara maestría para producir sensaciones, sobre todo de horror.

Manuel Gálvez.

Horacio Quiroga no es la literatura, o es algo más que la literatura: hemos leído un cuento, diez cuentos, veinte cuentos suyos. ¿Qué recuerdo conservamos de ellos? ¿Acaso la simple emoción de la vida? ¿El estilo? No, algo menos y algo más: eso que elogiaba en Maupassant un crítico tudesco de los más agudos: el don de interesar, de sacudir la modorra del aburrimiento... y de calar muy hondo en el mundo obscuro de los sentimientos. *La gallina degollada, A la deriva, Anaconda,* fueron la lectura de una hora, pero una de esas lecturas que nos ganaron un amigo para siempre, uno de esos amigos del espíritu con quien conversamos cada cierto tiempo, en la lectura de un nuevo libro o en la relectura del volumen que, a menudo, solicita la inquietud de una meditación.

Horacio Quiroga encarna una expresión singular de la literatura argentina: es el escritor que observa y sabe ver. Está desplazado de la moda, porque anda bien distante de ese mundo nuevo de las sensaciones, que han exprimido Proust o Joyce. El pertenece a esa escuela eternamente sencilla de la vida que, en fuerza de mucho conocerla, la ignoramos más de lo necesario. Sus cuentos nos llevan hasta la naturaleza, al fondo mismo de la vida, donde se nos obliga a identificarnos con un mundo casi primitivo: el río, la selva, la casualidad, el destino, la alimaña, especie de personajes borrosos de un coro oculto, en esa tragedia de la sucesión cotidiana del tiempo. Cuando *Anaconda* nos mueve a olvidar la urbe ciudadana, es porque casi alcanzamos a concebir la posibilidad de estar situados fuera de la costumbre civil, que nos amarra a las obligaciones de siempre. Y entonces el novelador ha sido capaz de aislarnos en su análogo imaginativo, que para nosotros constituye la cualidad esencial de ese creador: y *Anaconda* llega a ser como un símbolo característico de todo el atractivo que posee el talento de Horacio Quiroga, tan sencillo, tan humano, en estos tiempos en que se riñe en nombre de la deshumanización del arte.

Armando Donoso.

Tres humoradas en prosa y verso

por

Felix Lima, Luis García, y Rodolfo Romero

QUIROGA, EL TIGRE DE LOS... CUENTOS

Good Morning, Sámuel.

—*Boienos, hirmano Kimball.*

—¿Leyendo un capítulo of the Biblia?... ¿Nou?...

—*No, Kimball. Yo aprovecha frisquito di la maniana pira pasearme pir la claustro liyendo in la santa quietú conventual, la óltimo libro di mi menente migo Racio Quiroga. Istán coientos.*

—¿Mister Quirouga nou tener relécion con "The Tiger of the Llanos"?... ¿Nou, relécion?...

—*¡No, hirmano Kimball, no! Istar harina la trigo di otra costal. Piro vos, hirmano Kimball, mi parece qui un vez mi hablaste mucha di Racio Quiroga, ¿ricoierdas?...*

—¿Quirouga?... ¿Quirouga?... ¿Qué físical tine ese houmbre?...

—*Racio y yo, tinemos algonos puntos di contacto... Gasta él una barba como la mía, in coanto a longietú. Barba di yo, istar tordilla; barba di él, di Racio Quiroga, istár negra, igoal qui la color di la romántica lonar di noiestro común migo la ripotado ascritor Manoil Galvez. ¿Ricoierdas, ahora?...*

—¡Yes, Sámuel, yes! ¡Ahora caigue! Mi leer más of una cuento of ese mister Quirouga. Mi muche entretésion con lectura of the cuentos pour pibes of mister Quirouga. Mi remember, también, que mister Leopoulde Lougones, un vez decir a mister feo Arriola, en presencio of mister Capdevila and of mister Terzaga:—"My friend Quirouga is the mejour cuentiste of South América." Lougones very muche estimésion por él. ¡Ohu, sí! ¿Sabe usté, brother Sámuel, por mí pasó un temporaude con Quirouga in Misiounes?... ¿Nou sabe, nou?...

—*No, che, Kimball. ¿Cóma astubo isa viraneo?*

—¡Nou, verano nou! Fué in otouño, hace tres years.

—*¿Y quí pitos vos tocabas, hirmano James Kimball, in Misiones?... ¿Si poiede sabe?...*

—Mi recourer Misiounes desde Posadas hasta the great Iguazú.

—*¿Solo o acompañado, hirmano Kimball?*

—Mi va como ayudante of mister Charles O'Brien, una very talentésion and competentésion bichoulogo of Brithis Miusen of London. ¡Muche cabeza mister O'Brien! Nousotros ibamos juntando bichous. ¡Misiounes very muche bichous! Mister O'Brien iba in una careta, and mi a loumo of moula macho. Al llegar a San Ignacio, nousotros paramos in la "bungalow" of mister Quirouga, que hacia the juez of paz and chacarero of the pago.

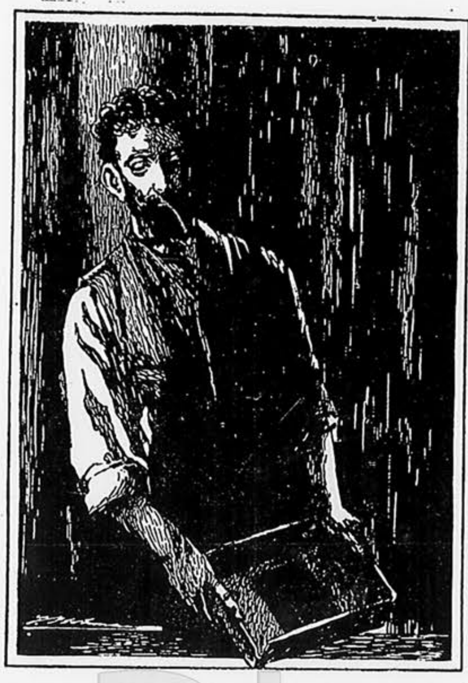
—*Racio también istar una poco bichóloga...*

—¡Ohu, sí! In paredes su bungallow tinía un great coléccion of bichoulogia. Tres días pasamos in chacra of mister Quirouga, hombre que me pareció very raro and fantástical. ¡Ohu, sí!

—*Algo qui la hace falta in cornisa di la azoteia...*

—¡Ohu, sí! ¡Very fantástical! Mi remember que andabe con un traje of carpintero francés y un goura of vasco. Junte a un plantécion of mandioca, mister Quirouga tinía su taller mecánique. Hacía y compponia of toude: despertadores, calesitos, etc. Siempre tiner una proyecto in cabezo. Un vez si poni hacer vino of naranjas. Semana después, toude San Ignacio, agaraba the great peloude nacional. ¡Very fantástical, mister Quirouga! ¡Ohu, sí!

Félix Lima.



Dibujo de J. Hohmann.

Q U I R O G A

Cansado ya de estar aquí
se fué a Misiones este autor.
Y ha conseguido ser allí
concesionario del horror.

Ora maneja el berbiquí,
ora se ocupa con ardor
de la cerámica maorí
que es la escultura en re menor.

Al mismo Dios del Sinaí
su honesta barba haría honor.
Tiene un rarísimo coatí.
Tiene un simbólico editor.

Cuando les habla en guaraní,
sienten las víboras temor
y algunas dicen:
—¡Ay de mí!
Me asusta más como escritor.

Abandonó el Yabebirí
harto de bichos y calor,
y hoy le adjudican por ahí
el usufructo del terror.

¿Es estilista? Quizás sí.
¿Tiene mal genio? Es un error.
El sólo piensa en su coatí.
En su coatí y en su editor.

L U I S   G A R C I A

MADERA DE ESCRITOR...

Abundan los escritores que escriben correctamente, que saben mucho de literatura y que conocen al dedillo la manera y la tendencia de las lumbreras del arte. Cuando se proponen escribir algo, lo inventan. El fruto no tiene ni sabor ni perfume, porque carece de substancia de la tierra y de hálito de vida. Tienen a la mano serrucho, garlopa, escoplo y martillo y pretenden con tales herramientas trabajar en barro, cuando lo que necesitan es madera.

Quiroga halló el material y supo utilizarlo echando una mirada a los hombres o a las cosas que lo rodean. De ahí que lo que escribe resulte interesante porque todo en la vida, aún lo menos interesante, cuando se sabe ver, es interesante. Ahora, para destacar, para dar relieve, está la imaginación, que no inventa y que aporta otros hechos, otros detalles que el artista enlaza y armoniza con lógica. Para ello está el artista. Claro, que hay que estar en contacto con la vida. Y Quiroga ha vivido. Como todos los que pudieron, cuando muchacho, fué a Europa. Quería ser profesional del ciclismo. De las circunstancias del regreso y del carácter de Quiroga, recordaré que se embarcó en Génova, en tercera, y que para fumar traía un toscano, que debía durar, y duró, hasta Buenos Aires. Vivió en el Chaco. Fué plantador de algodón y se fundió.

En Buenos Aires, su banco de carpintero, sus herramientas y su entusiasmo por serruchar y martillar alborotaron a los habitantes de muchas casas de pensión.

Vivió en Misiones muchos años. Y el contar lo que vió y aprendió allí, es principalmente lo que le ha personalizado.

Rodolfo Romero.

Algunos juicios firmados

por

Roberto F. Giusti, Arturo Marasso y Juan Torrendell

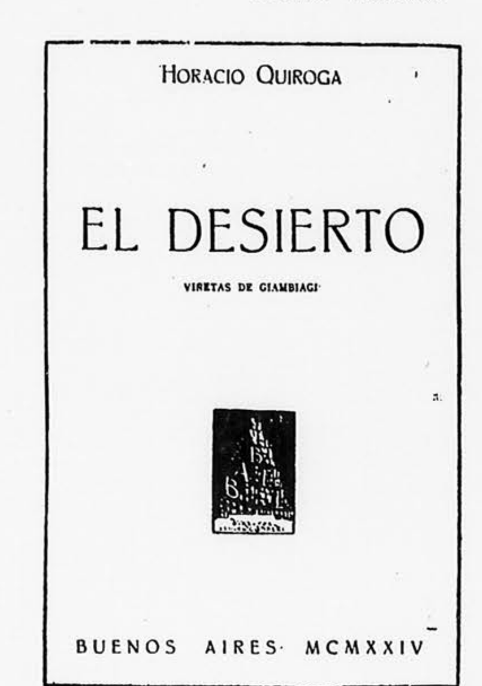
HORACIO Quiroga es uno de nuestros más representativos escritores (aunque uruguayo, puedo citarlo como nuestro, por razones notorias que tocan a su persona y a su arte, así como tal fué en el teatro Florencio Sánchez, y en cierto modo lo es Javier de Viana en el cuento campero). Cuando más de una presuntuosa novela haya sido olvidada, vivirán algunas narraciones de Quiroga, de sus *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, o de sus colecciones posteriores. Cinco lustros atrás, ante su primer libro, Lugones lo declaraba nuestro mejor prosista; pensaba sin duda en la "evidencia" de su prosa; en 1908, abordaba Quiroga la novela de análisis, en su desigual *Historia de un amor turbio*; después vinieron sus mejores cuentos, más de uno digno de la Antología. Con buena voluntad puede descubrírsele ascendientes literarios: por un lado Poe, por otro Kipling. Tal vez. Lo sabemos—"nihil novum"—que no es de hoy la afición a lo misterioso, a lo extraño o a la exótico. Pero haríamos mal en regatearle originalidad. Sus propios defectos, entre ellos la arbitrariedad de su prosa — que tiene mucho de la desdeñosa acometividad de su silueta física, de su trazo seco, de su palabra áspera y atropellada, de su aparente falta de ternura, — acentúan su fisonomía literaria, sincera, aguda y fuerte. La facultad de subyugar, es sustancial en él. Sus fuentes de inspiración son los casos patológicos y extraños: el mundo del horror; la presencia en la vida humana del alma de los animales, como adivinados en su psiquis rudimentaria; el esfuerzo de los huraños trabajadores y "pioneers" en la selva chaqueña y misionera, entre los cuales se contó. Tiene una gran potencia imaginativa, siente intensamente las cosas y las expresa con extraordinario vigor y plenitud, con no común equilibrio entre el elemento analítico y el descriptivo. Hasta la alucinación bajo su pluma parece cosa verdadera. Nadie capaz como él de producir la sensación de horror. Su influencia se manifiesta en algunos cuentistas más jóvenes.

Roberto F. Giusti.

De la conferencia sobre "Nuestros Novelistas", leída en el Instituto Popular de Conferencias el 11 de junio de 1926.

POSEE en alto grado Horacio Quiroga el poder de animar con una fuerza misteriosa la naturaleza, de crear en torno de los protagonistas de sus cuentos un ambiente como maravilloso, y tiene a la manera de Maupassant o Poe, el "athos" que llamaban los griegos al don de penetrar y conmover los espíritus. Más que un hábil cuentista, es un fuerte narrador. Sus personajes son sencillos y en ellos cabe el espanto del misterio, de la muerte, del dolor, sin que se transfiguren ni se transformen en seres extraordinarios. Antes y después del episodio que el autor narra siguen siendo los mismos. Horacio Quiroga conoce muy bien el corazón del hombre en medio de la naturaleza, las supersticiones, creencias y percances que sufre, en plena selva, en presencia de lo que no podríamos definir con otra palabra que la de destino. El Chaco y Misiones están descriptos, como paisaje, de mano maestra en "Anaconda". Quiroga va al fondo de las cosas y a veces parece revelarnos la vida intensa del río, del bosque, como de seres vivos henchidos de espíritu. En los personajes vulgares, especuladores, comerciantes, aparece la voluntad en la lucha con la naturaleza y la fortuna, tan intensamente que sería difícil llegar a una expresión más perfecta de la energía indómita del hombre; y todo, teniendo por fondo, o mejor dicho estando dentro de la vida potente de la naturaleza subtropical. Se nos ocurre pensar que un día Horacio Quiroga después de leer las crónicas de la conquista, escribiría una novela histórica de inusitada fuerza; nadie le disputaría el poder de evocar y dar vida al hombre en las selvas de América.

Arturo Marasso.



EL nuevo libro de cuentos de Horacio Quiroga viene a sacudir enérgicamente la atención algo fatigada por los muchos leídos últimamente sin color, sabor ni olor, exceptuando unos pocos, interesantes, pero no trascendentes. La mayor parte de éstos sufren el mal de la monotonía, imaginados sin esfuerzo tras lecturas y en un ambiente turbio de fáciles imitaciones. Los relatos de Quiroga, con todo y mantener el aire de familia, empiezan por presentarse con característica propia, ofreciendo líneas de individualidad, expresión singular, tono diferente. Ello depende en buena parte de la resistencia que el escritor opone a la cómoda repetición de la obra anteriormente creada. Sus cuartillas no se llenan más que en el momento en que surge la nueva concepción con la imagen y la palabra adecuadas. Y aún dentro de la misma motivación objetiva e ideológica, todos los cuentos se distinguen fundamentalmente por el esfuerzo de combinación artística, que equivale a la instrumentación en las composiciones musicales. Esto no se obtiene más que mediante una recia personalidad y una seria dignidad literaria que no admite transaciones ni benevolencias con la producción propia, original siempre tanto en el propósito como en la realización.

El autor de *Anaconda* tiene una ventaja para mantenerse distinto y vario, y ésta consiste en objetivar sus ideas y sentimientos en la naturaleza que ha alimentado sus sentidos de adquisición. Es más: su ideación y sentimentalidad, sus emociones trocadas en obra de arte, han partido de las circunstancias que envolvieron su vida, sin necesidad de haber escrito siempre autobiografía. Es indudable, empero, que han influído menos en sus producciones lecturas y reminiscencias ajenas, los libros en suma, que las captaciones de su propia experiencia, sobre la cual la imaginación y la memoria han desarrollado temas diversos. Esta peculiaridad de Quiroga le es tan íntima que ni siquiera le abandona en los apólogos en que intervienen las bestias ni en las narraciones fantásticas más allá de las fuerzas terrestres. En unos y otras no desaparece nunca el calor ni el color de humanidad. Entre lo ficticio y lo real muévese la suma habilidad del literato que acierta a substantivar las más tenues ensoñaciones de su mente. Por cierto que esa familiaridad con lo fantástico facilítale su inclinación a fijarse en las misteriosas manifestaciones del azar, que a todos nos acompaña, pero que a cada uno preocupa de tan distinta manera, exactamente lo mismo que el dolor en el temperamento del pesimista y del optimista.

J. Torrendell.

Algunos juicios periodísticos sobre la obra de Horacio Quiroga

DE los escritores nacionales de sólida reputación, Horacio Quiroga es uno de los que más silenciosa y modestamente trabajan. Poco dado a los éxitos fáciles y a la publicidad detonante viene desarrollando su obra desde hace más de veinte años con la tenacidad y el amor de un verdadero artista. Cada nuevo libro suyo acentúa las condiciones que lo señalaron al aprecio de los entendidos, condiciones que ahora alcanzan una espléndida madurez.

"La Nación"

CONOCIDAS y apreciadas son ya las cualidades de escritor y especialmente de cuentista, del señor Horacio Quiroga, para señalarlas nuevamente en este libro en cuyas páginas ha puesto el autor esa imaginación, esa fantasía, ese sentido trágico y esa fuerza de expresión que distinguen a sus producciones.

"La Prensa"

LOS cuentos del Sr. Quiroga son inconfundibles y se distinguen del resto de la producción análoga. Su autor tiene un hondo conocimiento de la naturaleza que describe, y es un observador sagaz para quien no carecen de valor hasta los mínimos detalles. Supedita todo al efecto final de su narración y llega a él con vigor, en un desarrollo calculado y admirable. Sabe transmitir al lector la emoción que se propone. El estilo y la manera general del artista, también muy personales, contribuyen también a dar mayor interés a sus relatos, siempre llenos de vida. Frecuentemente hay un estremecimiento de horror en sus narraciones y a veces es un horror tan intenso que su recuerdo se fija durante mucho tiempo en la memoria de los lectores. Es que en esta clase de cuentos el señor Quiroga es realmente insuperable.

"La Razón"

HACE pocos días el editor de este libro nos decía:

—Le voy a enviar un libro de cuentos de Horacio Quiroga. Es bueno. Creo que les va a interesar.

Para un editor todos los libros que publica son buenos. Desdichadamente para ellos, el público no piensa siempre de la misma manera, y otras, cuando el público los acoge favorablemente, los críticos se desatan contra ellos y los encuentran malos.

... Conocíamos de Quiroga otras producciones. Su prestigio de cuentista es más que popular. Debemos esperar mucho de él. Y ya abierto el libro nos entregamos a su lectura. Constatamos después del primer cuento que presta su nombre al tomo, que el editor nos ha engañado, sólo nos dijo que es bueno y es mucho más que bueno. Es uno de nuestros mejores libros, es uno de los pocos que pueden afrontar ventajosamente un cotejo con los mejores ejemplares del género. Quiroga es uno de nuestros mejores cuentistas, quizá uno de los mejores cuentistas del mundo.

"Crítica"

LA personalidad de Horacio Quiroga está definida vigorosamente en el ambiente intelectual argentino, como la de un cuentista que conoce a fondo todos los resortes de su arte, tan difícil en su aparente sencillez. Quiroga ha escrito varias novelas, que no son sino cuentos suyos de más extensión, pero lo que le ha dado fama y no sólo entre nosotros sino también en el extranjero, es su copiosa labor de cuentista.

Y es que Horacio Quiroga, observador, perspicaz, sentimental siempre en el fondo, está admirablemente capacitado para captar esos mil asuntos cotidianos que constituyen la esencia de sus cuentos. Ha recorrido casi todo el territorio patrio, ha hecho vida de ciudad y vida de campaña, ruda vida selvática, poniéndose en contacto directo con infinidad de tipos diversos, estudiando en unos rasgos, las costumbres de las gentes, haciéndoles esa especie de disección que caracterizan los rápidos estudios analíticos que campean en toda su proficua labor.

Posee la fuerza sintética de un Maupassant, y se sugestiona a sí mismo con un tema, a tal punto que parece vivir la vida de sus personajes. Unase a esto su natural descuido en el escribir— esa prosa nerviosa y a veces difícil de Quiroga — y se tendrá suficientemente explicado el nombre que ha conquistado el autor de esas notables narraciones del Chaco misionero, que todavía no han sido superadas por ningún otro escritor nuestro.

"El Pueblo"

HORACIO QUIROGA
Los Desterrados
B. A. B. E. L.
BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXVI

LA editorial Calpe de Madrid, cuya colección universal alcanzara tan rápida difusión en Buenos Aires acaba de publicar en la serie de autores contemporáneos una nueva obra nacional. Se trata esta vez de una selección de cuentos de Horacio Quiroga que aparece con el nombre de uno de ellos.

Vale la pena el comentario al margen de este hecho, por cuanto la Calpe, con ser una poderosísima empresa comercial, ha logrado merced a la difusión de algunas obras importantes, cierto y merecido prestigio intelectual. Por otra parte, la publicación de un libro nacional por cualquier casa extranjera, se ha juzgado aunque no siempre con razón — índice del interés despertado en el interior. Y decimos no siempre con razón por cuanto las obras que han conseguido esta gracia han sido generalmente, las peores.

... Por suerte Calpe parece reaccionar contra ese falso criterio, publicando solo aquellas obras que pueden interesar por sus valores literarios.

Así después de haber incluído en la colección universal el "Martín Fierro" de Hernández, ha publicado el "Facundo" de Sarmiento. Obras ambas que merecen por cierto ser difundidas fuera del país.

En cuanto a los autores contemporáneos, "Tres relatos porteños", el fino libro de Arturo Cancela, fué el primero en ser reeditado por Calpe con prólogo de Sanín Cano. A este volumen siguió "El inglés de los güesos", novela folklorista de Benito Lynch, el talentoso autor de "Los caranchos de La Florida", una de las tres o cuatro buenas novelas argentinas. Y ahora es una selección de cuentos de Horacio Quiroga, sin duda el más vigoroso cultor del género en lengua española.

"El Hogar"

EN este libro de cuentos queda de manifiesto una vez más y en forma quzás más decisiva, que el Sr. Quiroga, es uno de los más talentosos y hábiles cultores de ese género literario en lengua castellana. Casi todos los cuentos contenidos en este volumen nos muestran, en efecto, cada uno por su parte, un aspecto del talento y de la habilidad del autor, para cuya imaginación puede decirse que no hay campo vedado. Cualesquiera que sean las gentes que el señor Quiroga hace vivir en sus cuentos, y cualquiera que sea el medio en que ias hace moverse, siempre son seres vivos, no meras imaginaciones sin asiento o con asiento frágil en la realidad de la vida. Todo ello explica sobradamente que el prestigio del distinguido autor se difunda en el extranjero, contribuyendo al de las letras hispanoamericanas, que se honran con su obra.

"Caras y Caretas"

Notas y comentarios

UN RECORD DE "LOS DESTERRADOS"

LAS MAL CALLADAS de Benito Lynch era de todos los libros editados por BABEL el que había alcanzado una difusión más rápida. Pero *"Los Desterrados"*, el último libro de Horacio Quiroga, acaba de superar este record. En menos de quince días fueron agotados en España y América los dos mil ejemplares de la edición original. Tal éxito — ya previsto por CALPE—nos llevó a ordenar telegráficamente una segunda edición de tres mil ejemplares con fecha de 1927.

En nuestro próximo número daremos noticias concretas sobre la venta de *"Los Desterrados"* en España, Cuba, México, Chile, Perú, Uruguay, Colombia etc.

En tanto, señalamos este record no como un éxito de Quiroga — que poco se precia de la venta de sus libros — sino de nuestra Biblioteca que ha impuesto definitivamente el género literario en el que todos lo reconocen un maestro.

UNA NOTA DE "CARAS Y CARETAS"

BAJO el sugestivo título de *Cómo viven y trabajan nuestros escritores"*, "Caras y Caretas" publica en su primer número de octubre una extensa nota sobre la vida de Horacio Quiroga en Misiones. Cuatro páginas bellamente ilustradas con interesantes fotografías muestran los orígenes reales de la literatura quiroguiana. Y eso sin aludir casi a las creaciones literarias del escritor. Es sobre todo el hombre y su existencia selvática lo que impresionó más al cronista de "Caras y Caretas".

El señor Enrique Espinoza que ha ido a Misiones en representación de la difundida revista porteña ha tratado reflejar ante todo al descubridor literario de aquel país en su propio medio. Dada la índole particular de la nota y la conocida repugnancia de Quiroga por toda clase de publicidad es de celebrar doblemente la revelación de "Caras y Caretas", pues ella constituye un documento único sobre la vida del autor.

La falta de espacio nos impide reproducir aquí como hubiera sido nuestro deseo, la interesante nota del señor Espinoza; pero hacemos llegar a don Juan Alonso, actual director de la revista, nuestras felicitaciones. Los biógrafos de Horacio Quiroga no podrán prescindir en adelante de este número de "Caras y Caretas'.

AGRADECIMIENTO

HACEMOS constar nuestro agradecimiento a todas las personas que directa o indirectamente han colaborado en este número y muy especialmente a Juana de Ibarbourou, Victoria Gucovsky, Alfonsina Storni, Luisa Israel de Portela, Mary Clay, Luis García, Benito Lynch, Armando Donoso, Arturo Capdevila, Fernández Moreno y Rafael Alberto Arrieta sus páginas especiales para BABEL.

En verdad este número es una viva prueba de compañerismo, singular en nuestro ambiente donde los homenajes son casi siempre póstumos.

LOS LIBROS POETICOS DEL AÑO

"ESTIO SERRANO" POR RAFAEL ALBERTO ARRIETA

YA están listos para ser puestos en venta a principios de noviembre los primeros mil ejemplares del nuevo libro de Rafael Alberto Arrieta.

Como es sabido, este gran artífice, el más perfecto de nuestros cultores del verso, solo publica un volumen de poemas cada cinco años. De ahí que su obra se reduzca a solo cuatro títulos, pero definitivos por su significación en nuestro parnaso.

Este libro que ahora publica — junto a dos de prosa — "Ariel Corpóreo" y "El encantamiento de las sombras"— puede considerarse su obra maestra. Libro feliz y espontáneo incorpora definitivamente a nuestra poesía el paisaje estival de Córdoba; pero contemplado con ojos de artista y sin pretensiones eruditas de hacer color local... La anécdota criollesca, el folklore y la terminología regional están excluídos casi en absoluto. Hombres y paisajes hallan su expresión en la voz inconfundible del poeta no en la mera repetición de fórmulas nuevas o viejas...

No reproducimos aquí ninguna poesía porque tenemos en preparación un número de BABEL dedicado a la obra. de Rafael Alberto Arrieta.

"ESENCIA" POR ROSA GARCIA COSTA

DESPUES de "La Simple Canción" (1917) y "La Ronda de las Horas" (1920). Rosa García Costa no publicó ningún libro. Apenas una que otra composición en los periódicos y muy de tarde en tarde. Por eso, muchos creyendo que la gentil poetisa habíase llamado a silencio, lamentaron el súbito enmudecimiento de una voz tan pura y distinta. Sin embargo, Rosa García Costa no había dejado de cantar y ahora nos sorprende con su nuevo libro "Esencia", una verdadera confirmación de las grandes condiciones poéticas reveladas en sus primeras obras.

"Esencia" consta de cinco partes: Los pequeños poemas; Las canciones de otros días; Las canciones votivas; Poemas en prosa y Salmos. En todas hay composiciones definitivas y más de una página de Antología. En nuestro próximo número transcribiremos la "Canción de la esposa malograda" y otras. En tanto, recomendamos a nuestros lectores el nuevo libro de la señorita García Costa.

DOS CARTAS

Buenos Aires, agosto de 1926.

Compañero Glusberg:

Recibí su carta. La idea me parece buena. Todo lo que se haga por Quiroga en ese sentido es poco: él se merece algo más siempre. Yo lamento no poder contribuir con lo que Vd. me solicita no por falta de voluntad, sino por falta de tiempo. Usted sabrá disculparme.

Suyo

Elías Castelnuovo.

Buenos Aires, septiembre 24 de 1926.

Estimado señor Glusberg:

Me complazco en acusar recibo de su esquela de ayer, en la que me pide un juicio sobre Horacio Quiroga.

Tengo especial simpatía por la obra literaria y por la persona de este escritor fuerte y original, pero no podría juzgarlo porque lo conozco muy imperfectamente.

Discúlpeme, pues, si no me es posible deferir a su amable pedido. Lo saluda con toda consideración. — S. S. S.

G. Martínez Zuviría.

LIBROS RECIBIDOS

Litterae. — Ensayos. Crítica. Comentarios por José G. Antuña. Prólogo de Francisco García Calderón. Casa editorial Franco-Ibero-Americana. París 1926.

Atisbos. — Poesías por Eduardo Uribe. Colegio Internacional de Olivos. Buenos Aires 1926.

Bestia Dañina. — Novela por Marta Brunet. Nascimento. Santiago (Chile). 1926.

Un poeta en la ciudad. — Versos por Gustavo Riccio. Linograbados de Ret Sellarvaj. ''La campaña de palo''. Buenos Aires 1926.

Juanita. — Comedia infantil por Victoria Gucovsky. Sociedad Luz. Buenos Aires.

Ariel Corpóreo. — Letras extranjeras por Rafael Alberto Arrieta. ''Buenos Aires'', Cooperativa Editorial Limitada 1926.

Rumor de acequia. — Por Miguel Angel Etcheverrigaray. J. Samet. Librero Editor Buenos Aires 1926.

Los ideales y la realidad en la literatura rusa, por Pedro Kropotkin. Carta de S. P. K. Traducción del idisch por Salomón Resnick. M. Gleizer, editor. Buenos Aires 1926.

El camino (fragmento) por Martín Buber. Buenos Aires, 1926.

Ediciones Colombia. Director Germán Arciniegas. Bogotá, 1925-1926. Un volumen al mes.

PERIODICOS Y REVISTAS

El Repertorio Americano. — Director J. García Monge. San José de Costa Rica.

Nosotros. — Directores: Alfredo A. Bianchi y Roberto F. Giusti. Buenos Aires.

Der Sturm. — Director: Herwart Walden. Berlín.

Alfar. — Director Julián J. Casal. La Coruña.

Verbum. — Director Ramón Albesa. Buenos Aires.

Prometeo. — Director J. O. Cavalli San Paraná.

Talleres Gráficos Porter Hnos., Entre Ríos 1585, B. A.

OBRAS DE HORACIO QUIROGA

LOS ARRECIFES DE CORAL	agotado
EL CRIMEN DEL OTRO	"
LOS PERSEGUIDOS	"
HISTORIA DE UN AMOR TURBIO (NOVELA) Nueva edición corregida	$ 2.00
CUENTOS DE AMOR, DE LOCURA Y DE MUERTE	$ 2.50
EL SALVAJE (Segundo millar)	$ 2.50
CUENTOS DE LA SELVA (Para los niños)	$ 1.50
LAS SACRIFICADAS (Teatro)	$ 1.50
ANACONDA (Segundo millar)	$ 2.50
EL DESIERTO (Segundo millar)	$ 2.50
LOS DESTERRADOS (Tercer Millar)	$ 2.00

OBRAS DE LEOPOLDO LUGONES

LAS HORAS DORADAS (Agotado)	$ 2.50
ODAS SECULARES (Segunda edición)	$ 2.50
FILOSOFÍCULA (Segunda edición)	$ 2.50
CUENTOS FATALES (Primera edición)	$ 2,50
ROMANCERO (Segunda edición)	$ 2.50
ESTUDIOS HELÉNICOS (Encuadernado)	$ 5.00
LOS CREPÚSULOS DEL JARDIN (Segunda edición)	" 2.50

"EL BIBLIOFILO"

LIBRERIA ANTIGUA Y MODERNA

Libros de Texto Franceses para la Primera y Segunda Enseñanza. — Surtido de novelas en francés. — Novedades por todos los correos Abonos a revistas extrangeras. — Libros seleccionados para regalo. — Ediciones de gran lujo y tiraje numerado. — Encuadernaciones artísticas y firmadas.

En los salones del primer piso exposición de Cuadros, Grabados y Antigüedades, etc.

VIAU Y ZONA

U. T. 31 Retiro 3354 — FLORIDA 641 — Buenos Aires